

De cántaros y silencio

Una historia de ausencias

Esteban Ascencio

*A propósito del libro: Sabrosuras de la muerte.
Comida para las ánimas de Adela Fernández*

DESDE EL PÁRAMO DEL LIBRO Y MI NECESIDAD POR EDITARLO, es el andar de sueños y el soplo de palabras..., que si contara —y no me refiero a lo numérico, sino a la trama de historias que de esta casa me he llevado— las tardes conversando con la anfitriona, con la señora de la casa, con la escritora, la nacida la tarde del 6 de diciembre —aunque siendo honesto, ignoro si fue de tarde o mañana su llanto, lo cierto es esta afinidad amparándonos—. Dicho de manera distinta: es esta terquedad llevándome a decir: *la tarde...*

Y entonces, allí estoy, en lo íntimo del comedor, olisqueando texturas, sopeando colores acompañando a la amiga, junto a la mujer llamada Adela y de apellido Fernández. Ella lee ahora —antes dio una fumada al cigarro que sostiene entre el índice y el medio— y mirándola desde el ángulo en perspectiva en que me encuentro, la incandescencia parece un ángel de luciérnaga de alas doradas. Y me conmueve su *Títere Melancólico*, y no sé, si me conmuevo por su lectura, o porque su parecido roza la figura de un conocido. Lo anuncia su forma de andar, pero sobre todo los hilos que cuelgan de él y que nadie *ve y sangran*.



Ilustración de Arthur Rackham
para *Comus* de John Milton, 1921

¿Y Dios? ¿Qué pensará Dios cuando lo miramos y en un suspiro de llanto nuestra tristeza se le abulta en la garganta? Me trago estas preguntas mientras escucho casi el final de su *Títere Melancólico* pensando en la lectura que deseo hacer cuando beba este último sorbo de café...

—*El telón borra al Títere Melancólico y a su inútil Dios vestido de colores*— advierte Adela, y a pesar de lo menudita, su voz es sonora. Parece como si el recuerdo la dejara porque al fin —yo así lo pienso— veo una velita encendida.

Ahora ella apaga la colilla del delicado con filtro sobre la ceniza muerta del cenicero. Yo hojeo las páginas de *Híbrido*, y más que al azar, busco lo necesitado, busco leer con la intención de que sea mío, de que me pertenezca, sí, que me pertenezca, hacerme de los versos que leo es un deber, aunque quizá algún día sea mi oficio, pedir prestado es un oficio, y ¿quién no lo ha hecho?: —*Quiero tocar tus ojos para que se manchen de azul mis dedos*— escribe Adela, lo leo yo ahora que el tiempo es del lector, yo soy su lector, y la tarde ahora ha envejecido.

Llego a la biblioteca. Me estremezco ante su abismo, oquedad universal. ¡Ah! Mi dolorosa pequeñez, húmeda de pánico y temblorosa. Perro mojado en lluvia de insultos, perrito antes apaleado. Este pedacito mínimo de perro, en su vergüenza esconde la ternura.

Es septiembre y pronto leeremos *Híbrido* —pienso— mirando las velitas de Adela, buscando los azares, esos pedacitos de destino hallados a veces en el fondo blanco en los ojos de quien miro.

Ahora.

Ahora que sujeto su brazo recuerdo: —*¡Ay! ¡Ay! Mi querido Esteban, al invitarme, te veo empujando a un burro (más bien a una rinoceronta) a través del ojo de una aguja; pero, amigo, es porque me estás sacando del tremedal: he mantenido mi obra demasiado escondida*

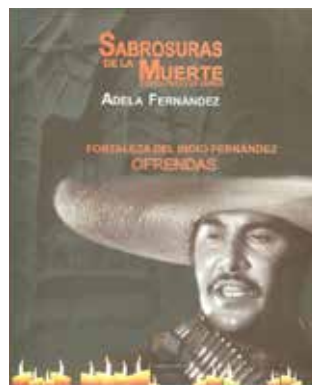
en los lodos de mi timidez. Y tú —qué bueno— sigues jalándome a la luz.

En realidad somos incansables amigos tirando uno del otro, así, como lo hacen quienes al desconocerlo saben que un libro llega a ser la mejor ensalada de letras, que con vocales y consonantes se la pasa uno entre succulencias y sabores... Allí vamos en esa fría noche leonesa en busca de una sopa calentita de menudo, que ya las tripas a esta hora canturrean la canción de mañana. Mañana que es no hace mucho tiempo, cuando hablando de las *Sabrosuras de la muerte* supimos lo bien que nos hacen los altares con sus tamales y pozoles, con sus panes y atoles, y los postres; ¡ay!, querida Adela, tú que apenas volteas a mirar a la vida, y andas llenando tu cántaro con gotitas de rocío de hora y de segundo para luego vivirte ocupada de la muerte, sin dejar de preguntarte: —¿cómo fue que me metí en el oficio de dar luz a los difuntos? ¿Por qué este afán mío de vincularme con los muertos?— Y yo que te escucho con estos silencios que dejan de serlo cuando ya son ausencia, yo que tampoco lo sé, yo que apenas lo leo, te digo: “es puritita necesidad, además, no te olvides de esas velitas tuyas; anda, tú sigue, sigue nomás, que ya pronto vendrá noviembre. Tú dirás lo que quieras, pero ¿qué harás con tanto muerto a cuestas? Bueno es que los hijos, y los amigos y los familiares juntan brazos y piernas para esos días con sus noches, y andan dale y dale al papel picado y a la tela morada de la muerte, no paran, llenan la vida con los olores del cempasúchil, son ellos tus ojos, son ellos esta noche, aquí, entre amigos y ánimas, contándonos historias de molcajetes con semillas y yerbitas para los males del corazón y otros íntimos tan necesarios, ¿te acuerdas, Adela?, como aquellos, los *encariñados*, ¿cuánta falta que hacen!, en este día maduro y sabroso.

¡Ay! Querida Adela, mañana, mañana es este gustito que siento en la punta de la lengua, luego de

haber degustado succulento libro, acompañado de una gentileza tal, que navegar esos aromas procura esa calma de saber que todo está en su lugar, y que la lluvia de aquella tarde que parecía llevarme al naufragio me despertó poco antes del cataclismo y en la calma de saberse parado donde todo empieza; con la salvedad —¡claro!— de saber que uno ya no es enteramente el mismo, nos hemos encaramado un poquito en otro, y lo diré como lo dice un amigo querido: “al leer un buen libro uno sale necesariamente —yo agrego *necesitadamente*— raspado”. Porque husmeando las primeras páginas de tu bello libro, un aliento me lleva a otro, y sigo casi sin parar como esperanzado un hombre ve la mañana de su vida. Y más que ensimismado, contempla la luz presente del pasado. Sí, querida amiga, tu *Sabrosuras de la muerte* es una historia particular e imposible de prever.

Tu palabra es una obra que propone como dilatado es tu conocimiento de estos días —míos y tuyos, y de los aquí presentes y de todos los que no pudieron venir pero que a vuelta de correo enviaron su cariño—. Mientras te leía parecías decirme, a mí, tu lector, que en estos tiempos no basta con ordenar bien las palabras, no basta con hacerlo de un modo armonioso, debe irse al fondo, hay que mostrar el músculo, el hueso, y el tuétano si es necesario; y me recuerdas, nos recuerdas diciendo:... *dejo claro que en México este culto nada tiene que ver con lo tétrico, sino con lo festivo, con la gran alegría de creer en los lazos perdurables, en la evolución de los espíritus, en la eternidad. Nada más lejano al miedo a la muerte que ver a un niño disfrutando al comer una calavera de dulce.* Es tu libro, querida amiga, un cosmos, en él no hay principio, es una larga columna de veladoras infinitas. El sueño colectivo donde la angustia existencial de morir termina muriendo. Entonces, querida Adela, ¿es la existencia precaria y efímera mi sufrimiento?, ¿la condición más humana que poseemos?



Adela Fernández

Sabrosuras de la muerte comida para las ánimas
México, Laberinto Ediciones
2012, 176 pp.

¿Acaso de verdad se vive en la tierra? / No para siempre en la tierra: sólo un poquito aquí, / Aunque sea jade se quiebra, / Aunque sea oro se rompe, / Aunque sea plumaje de quetzal se desgarrar, / No para siempre en la tierra sólo un poquito aquí. Otra vez gracias, amiga, por convidarnos estos versos de Nezahualcóyolt, tan suyos como nuestros.

—*A mí me dieron el nombre de un árbol, ahuehuatl —nos narras—, “viejo que vive junto al agua”. Se pensó que con ese apelativo iba a llegar a longevo, sin embargo he muerto joven, a los 22 años, a causa de tanto esfuerzo de mi corazón finalmente agotado por la taquicardia. El mi-quian, “instante de la muerte” no me causó sufrimiento. De pronto mi corazón dejó de trabajar y fallecí sin resistencia.*

Y he de serte franco, leyéndote escuchaba ciertas cicatrices, mas, si no vas allá, quién.

—... *el descenso es más abrupto y sinuoso, porque si es difícil conquistar el espacio de los vivos, también lo es el de los muertos—.*

Así entonces te digo, les digo, que he aprendido tu libro casi sin avisarte, y perdona si he dejado de lado las frases eruditas, el talento lingüista de interpretarte, pero es que tu prosa no necesita de intérpretes, necesita, eso sí, de sentidos, lectores que —sin duda— te oirán cuando te lean, te verán cuando descendan, cuando experimenten en tu andar el suyo.

A mí, por lo pronto, ya me espera mi *Totonki*. 